

Señoras, señores,

Sevilla ya huele a azahar.

Sevilla ya siente cómo el cielo se inclina sobre sus torres y cómo el silencio, ese silencio antiguo y lleno de latidos, empieza a abrirse paso por las calles estrechas donde la fe aprendió a caminar descalza.

Porque hablar de la Semana Santa de Sevilla no es hablar solo de pasos, de palios o de cornetas que rasgan la tarde. Es hablar de Dios. Es hablar del Amor con mayúsculas. Es hablar de ese Amor que no se explica, pero se arrodilla; que no se impone, pero se entrega; que no grita, pero muere en una cruz por cada uno de nosotros.

En esta tierra donde la fe se hace barrio y el Evangelio se viste de terciopelo y cera, cada primavera se nos concede el milagro de volver a mirar el misterio: la Pasión, la Muerte y la Resurrección de Cristo.

No es tradición solamente. No es cultura solamente. No es herencia solamente.

Es el recuerdo vivo de un Dios que quiso tener corazón de hombre, para enseñarnos que amar es darse hasta el extremo.

Y por eso Sevilla no representa la Pasión... la vive.

La vive cuando un nazareno aprieta el cirio con lágrimas en los ojos.

La vive cuando una saeta rompe la noche.

La vive cuando un paso avanza y el tiempo parece detenerse.

Hoy venimos a hablar de ese Dios que es Amor.
Del significado profundo de estos días santos.
Del dolor que no termina en muerte.
Y de una tumba vacía que cambió la historia del mundo.

Porque la Semana Santa no acaba en la cruz.

La cruz es el camino.

El final... es la Vida.

Aquí en portaceli crecí. Aquí recé. Aquí entendí que la
Semana Santa no es una representación anual, sino una forma
de vivir.

Y aprendí a mirar a María.

A la Virgen del Silencio.

A esa Madre que no necesitó grandes discursos, ni palabras
altisonantes, ni gestos desmedidos. A esa mujer que supo
guardar en su interior el misterio más grande de la historia.
Que supo callar cuando el dolor atravesaba su alma. Que supo
mantenerse en pie cuando todo parecía derrumbarse.

El silencio de María no fue ausencia.

Fue fortaleza.

Fue fe.

Fue aceptar sin comprender del todo. Fue confiar cuando el
mundo se oscurecía al pie de la cruz. Fue sostener la
esperanza cuando el Hijo expiraba y parecía que todo
terminaba.

Y qué difícil es ese silencio.

En una Sevilla de cornetas y tambores, de aplausos y saetas, también existe otro sonido: el del silencio verdadero. El que cada uno hace en su interior cuando mira al Crucificado y se pregunta qué está haciendo con su vida. El que se produce cuando comprendemos que la Pasión no es solo la de Cristo... sino también nuestras propias cruces.

Eso representa para mí la Virgen del Silencio: el recogimiento que prepara el milagro. La fe que no necesita espectáculo. La confianza que no se quiebra ni siquiera en el Calvario.

Porque la Semana Santa de Sevilla es belleza, sí. Es arte. Es historia. Es emoción desbordada.

Pero, sobre todo, es Amor.

Es un Dios que se entrega. Es una Madre que calla y confía. Es una ciudad que cada primavera vuelve a recordar que el sufrimiento no tiene la última palabra.

Que después del Viernes Santo llega la luz.

Que después del silencio del sepulcro... estalla la Vida.

Y esa es la fe que aprendí.

La que me enseñaron en Portaceli.

La que hoy, con humildad y temblor, venimos a pregonar.

Señor, que mi primera palabra sea Sevilla,
la de la fe que nunca se humilla,
la de las lágrimas de luz temprana

cuando amanece el Domingo de Ramos en la mañana.

Sevilla, la de las calles estrechas
y los balcones abiertos,
la del río pasando despacio
como si también esperará este momento.

La de las tardes con olor a azahar,
la de las iglesias en silencio,
la de la gente mirando al cielo
sin saber muy bien por qué lo está haciendo.

Sevilla, la que se para de repente
cuando suena una marcha a lo lejos,
la que enmudece a la gente
cuando un paso dobla por el centro.

La de la cera cayendo al suelo,
la del incienso subiendo al cielo,
la de los nazarenos de frente
y la del tos' por igua' valientes.

La que no duerme en primavera,
la que se emociona en cada esquina,
la que convierte una noche cualquiera
en una madruga' bendita

Y por eso hoy, Sevilla,
cuando todo está a punto de empezar,
vengo a prestarte mi voz
para anunciar lo que todos sentimos
cuando llega de verdad
la llamada del señor.

Que se haga el silencio... que ya está aquí,
la Semana Santa que aprendí
entre cirios, rezos y espera
cuando florece la primavera.

Es luz en la mañana,
consuelo para los lamentos
amor en una mirada, Sevilla ¡es tu momento!

MARCHA MI AMARGURA

Muy buenas tardes a todos.

En primer lugar, queremos dar las gracias, en nombre de Silvia y en el mío propio, a la Asociación de Antiguos Alumnos «San Ignacio de Loyola» por la organización de este acto, y a Fernando Quiles Castro por haber confiado en nosotras para realizar este pregón. Para nosotras es un honor y también una gran responsabilidad estar hoy aquí.

Queremos agradecer también a Fernando Pascual Gil y a Carlos Sánchez Ruiz por la magnífica presentación que nos han dedicado y por la ayuda que nos han brindado en todo momento.

Nos gustaría agradecer igualmente la presencia de la Directora Titular del Colegio, Marga Correa ; del representante de Antiguos Alumnos; del personal del colegio; del equipo directivo de Bachillerato; la presencia del hermano mayor del baratillo y miembros de su junta de gobierno, así como de

nuestros familiares, amigos y compañeros, que hoy nos acompañan en un momento tan importante para nosotras.

Y, de manera muy especial, queremos dar las gracias a nuestro consejero, al que ya consideramos un amigo, David Ostos Espejo. Gracias por regalarnos tu tiempo, por escucharnos siempre y por ayudarnos a que todo esto haya podido salir adelante. Sin tu apoyo, este pregón no habría sido posible.

Muchas gracias a todos por venir. Esperamos de corazón que disfruten de este acto tanto como nosotras hemos disfrutado preparándolo.

LA CENA

Y se abrieron las puertas al rumor de la escena,
y Sevilla vio hecha paso la noche de la Cena.

Pan en las manos de Cristo,
vino en la copa morena,
doce apóstoles ardiendo
alrededor de la mesa.

¡Qué forma de andar tan lenta!
¡Qué balanceo de entrega!
Cada golpe de martillo
es un latido en la tierra.

La tarde se vuelve altar,
la ciudad comulgadora,

y el aire aprende a rezar
cuando el misterio se asoma.

Y Él —sabiendo la traición
que en la noche se le acerca—
parte su Amor en silencio
y a todos el mismo entrega.

MONTESIÓN

Ahora....

En la noche del olivo
Sevilla contiene el llanto,
late un silencio tan santo
que estremece lo que vivo.

De rodillas, pensativo,
Cristo acepta su condena;
suda sangre en la azucena
de su rostro dolorido,
mientras el ángel venido
le ofrece el cáliz de pena.

Montesión baja despacio
por la calle de la Feria,
y el barrio entero se aferra
al suspiro de su espacio.

No hay poder ni hay palacio,
solo entrega verdadera;
cuando el Señor reverbera
bajo el cielo sevillano,

aprende el pueblo cristiano
que amar es decir: “Sea”.

LOS PANADEROS

Y se abrieron las puertas...
y salió la madrugada,
con un Huerto hecho paso
y una pena arrodillada.

Cristo reza entre los olivos
con la mirada perdida,
mientras un ángel le ofrece
la fortaleza divina.

¡Qué forma de andar tan triste!
¡Qué manera de mecerse!
Parece que va la noche
detrás suya sin quererle.

La plata besa la cera,
la cera besa el clavel,
y Sevilla va en silencio
rezando por no saber.

El paso cruza la plaza
como un suspiro de fe,
y hasta la luna se esconde
para no verlo padecer.

EL BESO DE JUDAS/REDENCIÓN/EL ROCÍO

En Santiago / se hace noche,
tiembla el aire en el olivar,
cuando un beso abre la historia
que nos vino a rescatar.

No es caricia: es la señal
del que viene a señalar
con los labios de la duda
al que vino / a perdonar.

Treinta monedas resuenan
como un frío despertar,
mientras Judas vende al Cielo
por un precio terrenal.

Y en el beso / ya está escrita
la palabra Redención,
porque empieza nuestra vida
cuando aceptas la traición.

Tras el roce, la atadura;
tras la soga, la misión:
va cautivo entre los hombres
quien nos libra del dolor.

Rocío moja Sevilla,
Santiago empieza a rezar;
que el Amor no se defiende...
se deja siempre entregar.

LA BOFETÁ

En las calles de Sevilla,
el paso, se hace leyenda,
cada gesto, cada golpe,
en el corazón se encomienda.

La bofetá no es solo golpe,
es grito y memoria,
es la pasión viva
que recorre toda la historia.

Jesús, ante Anás,
y nosotros en devoción,
Sevilla se convierte en templo y oración.

¡Que suenen los adoquines,
que tiemble el pavimento!
¡Que la bofetá nos recuerde,
todo su tormento!

CARMEN DOLOROSO

Y por la Alameda, en la noche cerrada,
no avanza solo un paso.

Camina la cobardía del hombre
frente a la fidelidad de Dios.

San Pedro niega.
El gallo está a punto de cantar.
Y el Señor —maniatado—
responde con la Paz de su mirada.

Manos atadas, Señor,
manso Cordero sin voz,
mientras Pedro, entre las sombras,
dice que no te conoció.

Tres veces suena la duda,
tres veces la negación,
y en tus ojos amarrados
solo hay Paz y solo Amor.

LAS CIGARRERAS

Y esa Paz que no se rompe,
esa mirada sin ruido,
es la misma que en Sevilla
camina siempre cautivo...

¡Miradlo!

Señor de la sentencia eterna,
Verdad callada y cautiva,
con la justicia del mundo
quebrándose en su sonrisa.

¡Qué forma de estar tan solo
delante de la mentira!

¡Qué manera de reinar
sin corona ni justicia!

Pilato se lava las manos,
Sevilla no se las lava,
que sabe que ese silencio
es la voz que nos salva.

Y lo llevan a la columna.

La noche se vuelve amarga,
los látigos son relámpagos
rompiendo la madrugada.

Carne abierta en la penumbra,
sangre nueva en el suelo,
y el cielo de la ciudad
se estremece en su lamento.

Pero míralo...
míralo bien...

No hay odio en su mirada,
no hay rencor en su dolor,
hay una entrega tan honda
que está redimiendo al sol.

Y detrás...

Madre de la Victoria,
palio de cielo encendido,
consuelo de los que saben
que todo está ya cumplido.

Cuando se pierde en la noche
dejando la calle encendida,
Sevilla rompe en su nombre
como una salve encendida.

EL VALLE

Silvia: ahora nos vamos a laraña

Valle que brotas despacio
desde el templo, hacia la historia,
traes prendida en tu palio
la luz antigua de la memoria.

Rey de espinas coronado,
silencio firme en tu mirada,
eres Dios humillado
con púrpura de madrugada.

Sevilla aprende en tu paso
que el poder / no está en la espada,
sino en aceptar el fracaso
por salvar al que te agrada.

Madre del Valle serena,
mar de luto contenido,
eres faro en la pena
cuando todo está perdido.

Cruza la noche el madero,
pero no vence la muerte;
late un perdón verdadero
clavado fuerte y más fuerte.

Y cuando el cirio agoniza
y la campana se estremece,
tu Misericordia avisa
que el amor nunca perece.

EL SENTENCIA (Y LA MACARENA)

Fue de madrugada...
cuando la injusticia se atrevió a dictar sentencia,
cuando el mundo hizo ruido
para no escuchar la Verdad.

Y allí... estaba Cristo.

Solo.
Serenos.
Inmenso.

Lo acusaron sin culpa.
Lo juzgaron sin razón.
¡Y lo sentenciaron... creyendo que podían condenar al mismo
Amor!

Y Él...
calló.

Pero no fue un silencio cualquiera...

Fue el silencio que vence sin gritar.
El silencio que humilla al odio.
El silencio que nace de lo eterno.

¡Cristo de la Sentencia!
Firme en su dolor.
Señor del mundo... sin necesidad de corona.

Porque en tu mirada no hubo ira...
hubo misericordia.

Y entre el polvo,
y entre las heridas,
ya florecía la promesa
de la victoria verdadera.

Y detrás...
cuando todo parece perdido...
cuando la noche pesa más que nunca...

Se levanta Sevilla.

Porque llega Ella.

(pausa)

¡LA MADRE!

Verde Esperanza que rompe la noche.

Consuelo que no entiende de límites.

Luz que Sevilla no ha sabido nunca apagar.

Y sus esmeraldas...

¡sus benditas esmeraldas!

No son joyas...

son lágrimas hechas luz.

Promesas que brillan en la oscuridad.

Estrellas que Dios sembró en su rostro

para que nunca nos falte el camino.

Porque la Esperanza Macarena no se mira...

se siente.

Se te mete en el pecho sin avisar.

Se queda viviendo donde duelen los recuerdos...

y donde nacen las plegarias.

Y entonces...

la ciudad se detiene.

La Muralla la espera.

El Arco se hace eterno.

Y San Gil... deja de latir normal.

Porque cuando pasa la Macarena...
no anda...

¡arrastra corazones!

Y cuando cruza la puerta...
no sale un paso...

¡sale Sevilla entera!

(pausa)

En la noche más callada
cuando el mundo se quebró,
Dios quiso ser Sentencia
y en silencio nos habló.

Firme el Cristo, sin reproche,
derramando solo amor,
que hasta el peso de la noche
se rindió ante su valor.

Y detrás... verde locura,
luz que nunca morirá,
Macarena, fe tan pura
que no se puede explicar.

Son tus ojos dos luceros,
tus esmeraldas, verdad,
dos promesas del cielo
hechas luz en la ciudad.

Se detiene hasta el tiempo
cuando empieza a caminar,
porque pasa un sentimiento
que no sabe de final.

“Y cuando dice: ¡Macarena...!,
el alma entera se le entrega,
porque en su nombre va la fe
que nunca muere... y siempre llega.”

MARCHA MACARENA, ABEL MORENO GÓMEZ

LA PAZ

Después del cansancio de mi estación de penitencia, cuando las piernas pesan y la voz se agota, siempre encuentro fuerzas para acercarme a Él. Para verlo recogerse, para sentir su paso silencioso, para contemplar cómo, incluso en la entrega más dura, la fuerza del Amor sigue viva. Y no voy sola, recuerdo a mi padre, aquel que me enseñó a amar estos momentos. Gracias a él, aprendo a arrodillarme aunque los pies me duelan, y a recogerme junto al Señor de la Paz, como él lo hacía antes que yo.

Y sale de la plaza,
con la cruz que le espera,
camino al Gólgota
con pasos de primavera.

Bajo el sol de la victoria,
con su túnica de luz,

va escribiendo nuestra historia
el que carga con la Cruz.
No hay sendero ni palmera
en el Parque María Luisa,
que no se rinda a su espera
y a su paso sin prisa.
¡Miradlo cruzar el barrio!
Cada izquierdo es un latido,
un bendito itinerario
para el alma del herido.
Blanco de capa y de cielo,
el Porvenir es su altar,
y Sevilla en su desvelo
solo lo quiere mirar.
Ya no hace falta el estruendo
ni la palabra de más,
que el mundo se va rindiendo...
¡Ante el Señor de la Paz!

LA CANDELARIA

Y en el corazón del Martes Santo, Sevilla empieza a comprender que la Cruz no es tan solo un símbolo sino un camino de fe.

Por San Nicolás se rompe
el silencio de la ciudad,
y un Nazareno morado
parte la tarde en su andar.

Es la Salud quien nos mira
con los ojos de la verdad,
el que carga con el mundo
sin dejar de perdonar.

¡Qué manera de mecerlo
cuando manda el capataz,
y los hombros son columnas
de una fe que no se va!

Y detrás viene la Virgen
derramando claridad,
Candelaria de los cielos,
luz bendita de la humanidad.

Bambalinas que son gloria,
varales de eternidad,
un palio que es blanca aurora
buscando la Campana y la verdad.

Madre que enciende la noche,
candela de amor total,
cuando tu Hijo va a la muerte
Tú nos enseñas a esperar.

Y en ese encuentro de miradas
que Sevilla sabe guardar,
la Pasión se hace promesa:
ni la Cruz
ni el sepulcro
podrán la luz apagar.

LOS GITANOS

Natalia: ahora silvia demosle las gracias al cristo de la salud,

1:34 Salud, siempre salud,
sostén de los delirios, consuelo del afligido,
del enfermo, el auxilio,
levantando el abatido,
renaciendo el latido' del corazón ya marchito.

De tu cruz, el exilio,
enfermero del herido,
hombro del caído,
llama del eterno cirio,
del moribundo el tronido,
la memoria de lo vivido,

saluuuud, siempre salud,
dándonos equilibrio cuando lo recorrido ya es un falso idilio,
cuando estamos destruidos y la fe no encuentra sentido
cuando la vida es un martirio,
un camino recorrido,
el trabajo ya vencido,

ahí estas tú, señor de la salud para regalarnos tu esperanza,

hallar en ti el cobijo

y darnos la confianza, de que estamos protegidos

SALUD, siempre salud

PASIÓN

¡Pasión ya está en la calle,

Sevilla la ve pasar!

Desde el Salvador se alza

con su forma de enseñar.

Pasión que enseña a mirar,

a creer y a confiar,

a rezar en el silencio

que nos lleva hasta el altar.

Nazareno de dulzura,

con la cruz al caminar,

no es dolor lo que reflejas,

es consuelo y es verdad.

Y a su lado va la Madre,

Merced llena de bondad,

con su luz y su ternura

nos invita a no dudar.

Cada paso es una oración,

cada rezo, claridad...

¡y en el alma de Sevilla,
ya se siente la Pasión!

EL SILENCIO

SILVIA : Natalia y tu sabes algo de La Primitiva Hermandad

NATALIA: Bueno, algo me han contado.

No es solo una cofradía, es mi casa,
es el nombre que mis padres me entregaron,
es la fe que por mis venas hoy repasa
lo que aquellos que me precedieron amaron.

No hay tambor, ni corneta, ni alegría,
solo el roce del esparto en el camino,
que en la noche más alta y más sombría,
el Silencio es el dueño del destino.

Todo lo que sé y lo que entiendo,
del rito sagrado que Sevilla encierra,
lo aprendí de un hombre que, viviendo,
me enseñó el cielo bajado a la tierra.

Recuerdo sus ojos en la mañana,
el cansancio bendito en su mirada,
cuando el peso del Dios que nos encuadre
le dejaba la marca señalada.

Él cargó con el peso del madero,
fue la fuerza, fue el puntal, fue la columna,
enseñándome que el rito es lo primero
bajo el brillo de la blanca y fría luna.
Cada paso que dio fue una enseñanza,
cada esfuerzo, una oración sin una queja,
manteniendo en el hombro la esperanza
que hoy a mí, como un tesoro, me deja.

Y mi abuelo... ¡qué lección de señorío!
Que cada año se reviste de respeto,
venciendo al tiempo, a la edad y hasta el frío,
para cumplir con su voto más secreto.

Hace el esfuerzo de quitarse la corbata

y ceñirse el ruan con mano firme,
y su fe es la luz que me rescata
cuando el mundo intenta confundirme.

Verlo avanzar, despacio y con nobleza,
es ver la historia misma de Sevilla;
un ejemplo de amor y de entereza
que ante el Señor, humilde, se arrodilla.

¡Qué pellizco ver la Cruz de carey!
cruzando el dintel de nuestra casa,
cuando Sevilla, acatando su ley,
ve cómo el tiempo y la vida le pasa.

Y tras es la **Concepción**, Madre y Señora,
con su palio de plata y de pureza,
la que el llanto de sus hijos siempre implora
y nos llena de paz y de belleza.

Ya se cierran las puertas, queda el eco,
de un legado que es sangre y es memoria,
que en mi pecho siempre tendrá un hueco
porque el Silencio... es mi propia historia.

MARCHA LA MADRUGÁ

LAS PENAS DE SAN VICENTE

Por las calles de San Vicente
Sevilla vuelve a aprender.

Aprende que el Hijo del Hombre
también conoció el caer,
cuando el peso de la cruz
le hizo besar el suelo otra vez.

Padre de todas las Penas,
Señor del rostro vencido,
no es derrota tu caída,

Porque no hay pena más grande
ni cruz que pese más fuerte
que la de un Dios que se entrega
caminando hacia la muerte.

LAS TRES CAÍDAS

Miradlo, cómo dobla la rodilla,
cómo el polvo de Triana le acaricia,
que no es caída, señores, es justicia
de quien carga el dolor de cada orilla.

¡Levántate, Señor, que el barrio espera!

No te rindas al peso del madero,
que en el Altozano, el cielo es prisionero
de Tu zancada humilde y costalera.

Es el Dios que sucumbe y se levanta,
el que enseña que el hombre no se rinde,
que en Pureza la muerte no tiene linde
si es Tu mano, Señor, la que levanta.
Tres veces por el suelo, tres verdades,
y en Tu cara el perdón de mis pecados,
que Sevilla se cura los costados
viendo al Rey de todas las piedades.

¡Qué guapa vas, Capitana de la Cava!
¡Qué guapa vas, Reina de los Marineros!
Que hasta una macarena se quita el sombrero
ante el moreno de tu cara.

JESUS DESPOJADO

Y ahora.... no busquéis sedas ni mantos,
ni el brillo de los brocados,
que hoy Dios viene entre llantos...
¡viene por fin despojado!

Miradlo bien en la plaza,
solo, frente a su destino,
mientras la muerte lo abraza
en la mitad del camino.

Le quitan la vestidura,
le roban hasta el aliento,
pero no hay tela que jura
tapar el sentimiento.

Lo dejan sin nada, es cierto,
desnudo ante la mirada,
pero en ese cuerpo abierto
está la gloria guardada.

Porque al quitarle la túnica
al Cordero del Perdón,
nos da la lección más única:
¡la del puro corazón!

Se queda sin lo material,
sin lo que el mundo venera,

para ser luz celestial
y vida en la primavera.

Ese es el Dios que yo entiendo,
el que se entrega sin más,
el que me fue socorriendo
cuando miraba hacia atrás.

Y en esa plaza de gloria,
donde el alma se me humilla,
se me agolpa la memoria
de cuando era monaguilla.

Con mi canasto y mi fe,
viendo a ese Cristo desnudo,
que aunque sin ropa se ve...
¡es nuestro mejor escudo!

Y a mi vera, mis dos guías,
mis hermanos, mis estandartes
luz de mis noches y días,
compañeros en todas partes.

Caminando junto a ellos
bajo el sol de la tarde,
haciendo los días bellos
donde el incienso más arde.

Y en el centro de mi historia,
la figura de un valiente,

que llevaba en su memoria
el peso de un continente.

Mi padre, de faja y costal,
sudando bajo el faldón,
haciendo del suelo un altar
con su rudo corazón.

Él fue costalero y guía,
fue el puntal de aquel madero,
llevando a la que es mi guía
por el barrio más certero.

Él me enseñó que el amor
se hace carne bajo un paso
,y que no existe el dolor
si Ella te ofrece su abrazo.

Pero mira cómo le quitan la ropa,
cómo el sayón lo desnuda,
bebiendo de la amarga copa
ante una turba muda.

Es la Pasión que se entrega,
la Muerte que ya se asoma,
la justicia que no llega
y el perdón que nos toma.

Nos ofrece su espalda al viento,
sin ropa, pero vestido de gloria,

aceptando el tormento
para cambiar nuestra historia.

Y tras Él, la Madre pura,
Dolores y Misericordia,
bálsamo de la amargura
y fuente de la concordia.

Bajo su palio de plata
va llorando su agonía,
mientras el alma se desata
en una eterna elegía.

Ella sabe que la muerte
es solo un paso, una espera,
que tras el destino fuerte
llega la luz verdadera.

Escucha... que ya se acerca,
que la banda rompe el aire,
que el corazón se me tuerce
con este elegante donaire.

Suena esa marcha que estalla,
que levanta al que está caído,
que gana siempre la batalla
del que se siente perdido.

Porque Sevilla se para,
porque el mundo se ha parado,
al verle la luz en la cara
al que por nosotros es Despojado.

MARCHA

LA CENA EL HUMILDAD Y PACIENCIA

Silvia: y Natalia el Señor, espera sentado, No levanta la
mirada

Humildad en su silencio,
paciencia en su corazón,
mientras el mundo no entiende
la grandeza del perdón.

No hay prisa en su martirio,
no hay rabia en su verdad,
solo un Dios que acepta todo
por amor, a la humanidad.

Y Sevilla lo contempla
con respeto y devoción,
porque en ese Cristo herido
late entera la Redención.

Hoy se sienta el Rey del cielo
en un trono de humildad,
para enseñarle a los hombres
la lección de saber amar.

Y cuando el misterio pasa
y la noche vuelve a entrar,
queda grabado en el alma
el secreto de su paz:

Que el que ahora aguarda, en silencio
con paciencia y dignidad
será el mismo, que en la gloria
volverá a resucitar.

LOS CABALLOS

En el monte del Calvario, el hombre alza la cruz

Allí se detiene el tiempo,
Sevilla contiene la voz,
cuando el mundo levanta el madero
donde muere el mismo Dios.

Galope que rompe la tarde,
martillo que hiera la cruz,
y Sevilla queda en silencio
cuando levantan a Jesús.

MONSERRAT

Tres cruces parten la tarde
cuando el paso va a asomar,
y Sevilla se hace monte
de silencio y de verdad.

En el centro está Cristo
entre sombras de eternidad,
y a sus lados dos destinos
que la historia recordará.

Gestas grita su soberbia,
no quiere mirar más allá,
mientras Dimas en silencio
descubre la claridad.

“Cuando llegues a tu reino
acuérdate de mí, Señor”,
y la Cruz se vuelve puerta
de la eterna salvación.

Porque en la Cruz de Montserrat
no solo muere el dolor,
también nace la esperanza
del ladrón que se salvó.

LA SED

Y cuando el dolor se hace eterno
y la tarde se vuelve agonía,
Cristo pronuncia una palabra
que atraviesa el alma vacía:

“Tengo sed...”
y no es solo del agua
que alivie su amarga herida,
es sed del amor del hombre,
sed de salvación y vida.

Un soldado acerca una esponja
empapada en agrio vinagre,
como bálsamo pobre y humano
para el Rey que al mundo abre.

Y en Nervión pasa la tarde
cuando el barrio guarda su aliento,
al mirar al Señor clavado
consumiendo su sufrimiento.

Cristo tiene sed de nosotros,
de nuestra fe verdadera,
y Sevilla calma esa sed
cuando la Sed cruza la acera.

EL MUSEO

Silencio en calles y esquinas,
se detiene la respiración,
porque sale entre cirios morados
Cristo en su Expiración.

El cielo se vuelve más hondo,
la luz parece temblar,
cuando el Señor del Museo
empieza Sevilla a andar.

Ya inclina lenta la frente,
ya se apaga su voz,
y en un suspiro infinito
entrega su alma a Dios.

Es el instante supremo,
el momento de la verdad:
cuando la vida se escapa
para darnos eternidad.

EL CACHORRO

Se para el tiempo en el puente,
se rinde el aire en la orilla,
que ya cruza el más valiente
camino de Sevilla.

No busquéis mármol ni roca,
buscad el último aliento,
que se escapa por su boca
en sagrado testamento.

Que no es un Cristo de madera,
que es un hombre que se apaga,
mientras Triana entera
le llora por cada llaga.

Cuentan que en una reyerta,
un gitano allí caía,
con la mirada ya muerta
y el alma que se partía.

Apodado "El Cachorro",
en sus rasgos se fijó,
y sin pedir más socorro
al papel lo trasladó.

Por eso cuando el maestro
al barrio se lo entregó,
todo aquel pueblo nuestro
en su cara lo reconoció:

"¡Mirad, si es el Cachorro!",

gritó Triana al momento,
y aquel nombre, como un chorro,
se quedó en el pensamiento.

Pero aguarda, sevillano,
no te vayas todavía,
que tras el drama cristiano
viene la luz y la alegría.

Que viene la "Señorita",
la del Patrocinio santo,
la que el dolor nos quita
con el brillo de su manto.

Es la Virgen más hermosa,
la de la cara de niña,
entre encajes es una rosa
que en el barrio se avecina.
Aunque el fuego la acechó,
Duarte la origino de nuevo,
y el pueblo la coronó
como el más dulce relevo.
¡Ay, Cachorro de Triana!
¡Ay, Virgen del Patrocinio!
Sois la sangre mas gitana
sevillana y el dominio.
Que el Viernes Santo no muera,
que se quede en el puente,
para que en Sevilla entera
os tengan siempre presente.

SILVIA: Natalia y es entonces cuando llegó la hora sexta

y en el templo de Jerusalén
el velo sagrado se rasgó en dos,
como si el mismo cielo se abriera.

Entonces Cristo inclinó la cabeza...
y entregó su espíritu.

LA LANZADA

Cuando todo parece muerto
y la tarde se vuelve callada,
se acerca un soldado romano
para dar la última lanzada.

Llega ya el Shabat,
y no puede quedar en la cruz
el cuerpo del ajusticiado
cuando caiga la noche y su luz.

Entonces levanta la lanza,
hierro frío de guerra y dolor,
y la hunde en el santo costado
del señor Redentor.

Y al romperse la carne divina
ante el asombro de la creación,
brotan sangre y agua del pecho
como fuente de redención.

EL AMOR

Y cuando la noche en Sevilla
se vuelve oración callada,

y la luna se arrodilla
sobre la piedra dorada,
sale el Cristo del Amor
con la muerte ya vencida,
con el pecho abierto al mundo
y la sangre hecha vida.

La ciudad / guarda silencio,
las calles / rezan su nombre,
y hasta el aire se detiene
para escuchar a ese Hombre.

Pero mirad junto a sus plantas,
mirad bien, sevillanos,
que hay un sermón escondido
en la talla de sus manos.

Un pelícano se inclina
con ternura y con dolor,
como si supiera el ave
el misterio del Señor.

Cuentan siglos de leyenda
—y lo dice el corazón—
que una madre, por sus hijos,
derramó su propia sangre
para darles redención.

Abrió el pecho con su pico
y la vida regresó...
como brota de la herida
la sangre del Redentor.

Y por eso está a sus pies,
no por simple decoración:
es espejo del Calvario,
es lección / de salvación.

Porque Cristo, como el ave,
por nosotros quiso dar
hasta la última gota
de su sangre por amar.

LOS ESTUDIANTES

En el patio de la Fábrica,
donde el saber se hace oración,
se alza la cruz silenciosa
dictando eterna lección.

Sin libros ni estandartes,
sin leyes, sin más poder,
solo un ruán que en la noche
viene a enseñarnos a creer.

Sevilla para su paso,
cuando te empieza a mirar,
marfil divino en la sombra,
luz que no se ha de apagar.

Por la calle va el Maestro,
sin corona ni esplendor,
clavado sobre el madero
y en el pecho, solo amor.

Y al verte pasar, Señor,
queda en el alma encendida
la sospecha más profunda:
que en tu muerte nace vida.

Se apagan las luces, se para el tiempo,
y el ruan negro es lo único que advierte
que Sevilla es un solo sentimiento...

¡Es el Cristo de la Buena Muerte!

SAN BERNARDO

Ahora Natalia hablemos de un barrio con solera

Donde el hierro suena a fe,
se levanta San Bernardo
cuando el Cristo quiere ver.

Es el Cristo de la Salud
quien al cielo queda alzado,
con los brazos extendidos
y el amor crucificado.

Su mirada cae en el barrio
como un bálsamo de luz,
porque sabe San Bernardo
lo que ampara esa cruz.

Y camina entre sus calles
con silencio y devoción,
mientras late en cada esquina
una antigua oración.

Y cuando llega ese instante
que Sevilla espera ver,
cuando el paso se aproxima
al puente del viejo cuartel,

Los bomberos lo contemplan
con respeto y emoción,
como quien mira a un amigo,
como quien mira a un Señor.

Porque saben que ese Cristo
entre humo y entre dolor
ha sido siempre esperanza
y refugio protector.

EL CALVARIO

Para el Calvario, Silvia

No hace falta música ni historias,
solo el rastro del ruan por el suelo,
y ese Cristo que borra las memorias.

Se para el tiempo,

cesa el ruido,

cuatro hachones son su altar,

y el barrio queda rendido

al verlo, en sombras, pasar.

Ya no hay palabras, ya no queda nada,
solo el silencio para respetarlo...

¡Que Sevilla se quede callada!
¡Que ya viene el Cristo del Calvario!

LA HINIESTA

Silvia: Natalia, ... ↓

Desde San Julián / se acerca
un silencio que estremece,
porque hay un Cristo en la noche
que muriendo nos engrandece.

Es la Buena Muerte, hermanos,
la que Sevilla contempla,
la que clava en cada pecho
una oración que no se quiebra.

Allí está, ya consumado,
el sacrificio del Señor,
los brazos abiertos al mundo
derramando redentor.

Y a sus pies, rota de llanto,
de rodillas junto a Él,
María Magdalena busca
la mirada de su fe.

Sus manos abrazan la tierra,
su pena se vuelve oración,
porque sabe que en esa muerte
late el pulso de la redención.

la noche se queda en vela,

la ciudad reza en silencio,
y Sevilla queda prendida
del misterio de ese momento.
Porque mientras llora Magdalena
y el cielo parece temblar,
Sevilla entiende en su alma
que la muerte de ese Cristo
...es la vida que nos quiere regalar.

LA CARRETERÍA

Llega el barco, caoba e historia,
que el Arenal se para a ver,
Salud buscando su gloria
al sol que empieza a caer.
Barco de arte, caoba y rito,
por su calzada, navegación,
Salud que entrega un grito infinito
y en la cruz, nuestra salvación.
Mas mira el llanto de aquella Madre,
que nada tiene y lo dio todo,
buscando el consuelo que le cuadre
mientras Cristo se apaga de aquel modo.
Tres necesidades la tienen herida,
tres faltas como el mismo acero,
para bajar a la Luz de su vida
y darle el descanso del mundo entero.

Falta la escala que llegue al cielo,
falta el sudario de lino y calma,
falta el sepulcro para darle suelo
al que se va robándonos el alma.

Entre incienso y son de cornetas,
la Carretería dicta su suerte,
con esa elegancia que no tiene metas
y hace que sea hermosa la muerte.

Ya viene el misterio, el barrio lo siente,
no hay más verdad que verla llorar,
¡es el Dios de la Salud presente
que por sus faltas nos viene a salvar!

LA QUINTA ANGUSTIA

Busca el barco ya su ría,
muere el sol en el cristal,
se va la Carretería
dejando herido el Arenal.

Y el silencio se hace dueño
del bronce y de la madera,
para cumplir el diseño
de una escala y de una espera.

Ya se inclina la madera,
ya se rinde el cuerpo inerte,

baja Dios por la escalera
para vencer a la muerte.

Luto, rito y amargura,
un misterio que se anuncia,
en la sombra y la cordura:
¡Llega ya la Quinta Angustia!

Cinco hombres, cinco dagas,
bronce puro en el altar,
limpian de amor sus llagas
antes de verlo pasar.

¡Silencio, que ya descende!
¡Silencio, que el alma llora!
Que la Magdalena entiende
que ha llegado ya su hora.

EL BARATILLO

NATALIA:

—Dime...

cuando el Miércoles Santo se asoma al Arenal,
cuando el cielo se tiñe de azul nazareno
y el río guarda silencio para escuchar los pasos...

¿qué tiene el Baratillo
que Sevilla entera se detiene?

¿Es su sangre torera?
¿Es la historia que cruje en sus varaes?
¿O es esa Madre...
con rostro de niña...
que sostiene a su Hijo muerto sin que le tiemble el pulso?

YO:

Es el rumor antiguo del Arenal marinero.
Es el albero convertido en oración.
Es el torero que cambia el estoque, por un cirio
y ofrece su valor a la Virgen primero.

Es la Piedad.

Es una niña en el rostro...
y la eternidad en la mirada.

Sevilla no la mira...
Sevilla, la contempla.

Y entonces...
el Arenal se arrodilla.

Verso

Por el Arenal se derrama la tarde,
azul nazareno que el viento reparte.
Túnicas que son pedazos de cielo,
meciéndose lentas al son del desvelo.

Huele a río, a historia callada,
a plaza de toros sin voz ni espada.

Hermandad de toreros, fe sin alarde,
valentía que reza, cuando la calle se abre

Y llega la Piedad... silencio profundo,
María sostiene, al Dueño del mundo.

Carne vencida, clavel deshojado,
Dios hecho hombre... ya crucificado.

Tiene cara de niña la Virgen bendita,
aurora temprana que el dolor marchita.

Niña en la forma, Madre en el ser,
ternura infinita sabiendo perder.

Sus manos abrazan la sangre vertida,
sus ojos acunan la muerte y la vida.

No hay queja en sus labios, no hay amargura,
solo un océano azul de dulzura.

Baratillo que avanza con pulso torero,
cambiando el capote por rezo sincero.

Y cuando el Miércoles besa la sombra de la ribera,
Sevilla se inclina... y el alma se altera.

Catorce de septiembre, dorado amanecer,
el cielo del Arenal volvió a florecer.

No era un día más en este calendario,
era promesa antigua hecha relicario.

Sonaron campanas con voz diferente,
latía Sevilla más fuerte que siempre.

Y en la frente pura de la Piedad,
se posó la gloria de la eternidad.

Corona bendita de amor y victoria,
oro tejido con fe y memoria.

No fue metal lo que allí brillaba,
fue un pueblo entero que la coronaba.

Y yo aprendí a quererla de la mano primera,
de mi padre, nazareno con solera,
que me enseñó que el valor verdadero
es rezar en silencio al Dios del madero.

Porque apenas contaba tres años,
ya cruzaba el tramo de su mano;
mi padre, diputado del Arenal,
era mi guía entre cirios y sal.

Entre varas, incienso y latido,
ahí aprendí que el amor , se hace camino;
y supe, al mirar a la Piedad,
que el Baratillo era mi verdad.

Porque hay raíces que no se van,
solo florecen junto al altar.

Mi abuelo ya viste túnica de cielo,
nazareno eterno sin desconsuelo;
y cuando el Miércoles vuelve a pasar,

sé que a mi vera se pone a rezar.

De mi tío, voz firme y sincera,
que me señaló a la Virgen que espera
y me dijo: “Mírala bien...
que esto se lleva en la sangre también.”

Ellos sembraron en mí la verdad
de querer a esta Hermandad
que me vio de niña entre cirios temblando,
que me vio crecer... y sigue esperando.

Y cuando la corona besó su frente,
no coronaron solo a la Madre doliente;
coronaron recuerdos, promesas y anhelos,
coronaron la fe que heredé de ellos.

Aquel día entendí sin medida
que hay amores que marcan la vida.
Que el Baratillo no es solo pasión...
es familia, es sangre, es tradición.

¡Ay Piedad coronada en la ribera!,
reina del barrio que en ti persevera.
Que si tu frente luce oro encendido,
es porque llevas un pueblo rendido.

(pausa)

Pero detrás de tu pena
viene una luz celestial,

una dulzura serena
que transforma todo mal.

Es la Madre soberana
que al barrio enseñó a rezar,
la que con mirada humana
todo lo sabe abrazar.

Caridad lleva por nombre,
Caridad para entregar,
Caridad para el que el hombre
olvidó de levantar.

Virgen pura del Baratillo,
luz que nunca se apagó,
esperanza en cada brillo
de la lágrima que dio.

Tus manos son el consuelo
del que no sabe vivir,
y tu mirada es el cielo
donde aprendemos a ir.

Misericordia y Caridad,
dos palabras, un latido,
dos caminos de verdad

Y yo, hija del Arenal sincero,

Y yo que sonrío al verte,
te digo hoy piedad,

que gracias por tenerte

MÚSICA CARIDAD DEL GUADALQUIVIR

LA MORTAJA

Escucha ahora el golpe seco de la campana,
que el Muñidor ya avisa con su mano,
anunciando que la muerte se hace humana.

No busques alegría ni bulla en la acera,
que el sonido del metal te va avisando
de que el entierro de Dios ya te espera.

Y mira al frente, que el cielo se enciende
con dieciocho ciriales de luz fía,
que son los que estuvieron, según se entiende,
dándole al Señor su última compañía.

Ya no hay más que ese luto sincero,
que el silencio en el pecho se encaja...
¡Que se quite Sevilla el sombrero!
¡Que ya está aquí la Mortaja!

SANTA MARTA

Silvia: Y ahora el tiempo se detiene en San Andrés,

Va muerto, pero va vivo
en las manos de la gente,
que Nicodemo lo acuna
y Arimatea , lo siente.

Lo llevan sobre una sábana,
blancura de fe y quebranto,
camino de la ceniza,
camino del Campo Santo.

¡Qué majestad en Su cuerpo!
¡Qué peso de amor vencido!
Que hasta la tierra se para
al ver a Dios dormido.

Detrás, el llanto de un barrio,
las Marías y San Juan,
testigos de aquel sepulcro
donde la vida nos dan.

Y Santa Marta, en su pena,

con el corazón abierto,
sirviendo a Dios todavía...
¡aunque lo lleve ya muerto!

SANTO ENTIERRO

Ya no queda esperanza ni consuelo,
solo el brillo de la plata y el cristal,
que llevan al que es dueño del cielo
en un entierro mudo y oficial.
Sevilla se ha quedado sin aliento,
viendo pasar la Urna por la calle,
masticando la pena y el tormento
sin que nadie se atreva a que falle.

Es el cuerpo de Dios, frío y parado,
la mano que ya no puede ayudarte,
el Rey de los hombres, sepultado,
mientras la vida se siente aparte.

No busques más luz en su mirada,
que el luto de la plata nos encaja...

¡Se acabó la historia sagrada!
¡Que el Señor en la Urna ya descansa!

LA CANINA

Pero tras el cristal y el quebranto,
donde el luto de Sevilla camina,

se acaba de pronto el espanto
al ver que llega la Canina.
Que si el cuerpo de Dios se ha dormido
y la muerte se cree soberana,
ya el madero le tiene vencido
el orgullo de toda su gana.

No hay lamento en la voz de la campana,
ni temblor en el aire que respira,
que hoy la Parca camina derrotada
bajo el peso del Dios que la domina.

La guadaña se inclina en el silencio,
la calavera aprende a estar callada,
porque el Hombre que muere en ese paso
le ha robado a la noche la palabra.

¡Canina! lección de lo imposible,
sermón sin voz que el alma entiende entera,
que no manda la sombra en este mundo
cuando Cristo atraviesa la frontera.

LA SOLEDAD DE SAN LORENZO

Sola queda ante la Cruz
la Virgen en su dolor,
cuando ya duerme en la muerte
su Hijo, Cristo Señor.

Es la Soledad de San Lorenzo,
la pena más antigua de amar,

la Madre que en el silencio
aprendió también a esperar.

Entre cera que se eleva
y guardabrisas de luz,
Sevilla reza en silencio
a la Madre... junto a la Cruz.

DURANTE EL RESUCITA MARCHA VIDA

EL RESUCITADO

Y cuando todo parece terminado,
cuando el cirio se apaga y duele el alma,
cuando el Viernes dejó sobre Sevilla
un sudario de pena y de nostalgia,
cuando el llanto se queda en los balcones
y el silencio se agarra a la madera,
amanece otra vez sobre la vida
la luz clara del Dios que no se entierra.

Resucita el Señor... y con su paso
se levantan también nuestras caídas,
porque nunca fue el Gólgota el final
ni la noche la dueña de los días.

Esperanza del pobre que no puede,
esperanza del que llora en secreto,
esperanza del hombre que ha perdido
y del que sigue andando sin aliento.

Esperanza en la madre que suplica,
en el viejo que reza en voz bajita,
en el joven que busca su camino,
en la fe que se rompe... y resucita.

Esperanza en la cruz de cada barrio,
en el paso que avanza lentamente,
en la mano que ayuda al que tropieza,
en el pueblo que cree... aunque no entienda.

Porque toda Sevilla en primavera
no es sólo tradición ni sentimiento,
es un grito que nace de la muerte
para decirle al mundo: sigo creyendo.

Y hoy que Cristo ha vencido a la mañana,
y hoy que el cielo se abre sin medida,
que lo escuche la calle y la memoria:
que después de la cruz... siempre hay vida.

Que lo escuche el que duda y el que teme,
que lo escuche el que sufre y el que calla,
que lo escuche Sevilla entera al alba:

¡que ninguna caída es la última,
que ningún dolor gana la batalla,
que ninguna noche es para siempre...
si en Dios se pone el alma!

Porque al final de todo, sevillanos,
cuando el mundo se rompe y no hay salida,
solo queda una voz diciendo al hombre:

confía...!
que Cristo ha resucitado...!
y la esperanza sigue viva!!!!!!!

FINAL...